

La Caja Vacía. Alberto Aguilar. Contragolpe Ediciones. Santiago de Chile, 2014, 68 páginas.

La sequía literaria es un asunto serio; al menos, para los escritores. Hablo de aquellos períodos improductivos. Meses o años en los que nuestro héroe –el autor– no logra dar con una sola idea digna de ser escrita. O ninguna historia potente, en el mejor de los casos; porque en el peor, nuestro héroe, en ocasiones, cree detectar, por fin, en su visor empañado de sangre, sudor y lágrimas, un buen argumento para un novelón, o el *iceberg* de un cuento; vale decir, aquella aparición fantasmal, con su 90% de gloria sumergida. Entonces va por ella. Y de verdad que cree tener un *Memorias de Adriano*, un *Pregúntale al polvo*, o un *Funes el memorioso* entre las zarpas, solo por citar a algunos amigos del barrio. Sin embargo, a poco o a mucho andar, de escribir y borrar, de iniciar y reiniciar, cae en la cuenta de su fracaso. Y el muchacho toca fondo. En otras palabras verifica, tras dos o tres lecturas, o cuatro, o cinco, o seis, que su historieta es un fiasco. Y el mundo se le viene abajo. Tal cual. Deambula, sin GPS (otro, brújula), por un desierto mental, que resulta mucho más árido y desolado que Atacama o Wirikuta. La sequía es total.

La novela, *La caja Vacía* de Alberto Aguilar (Puerto Montt, 1971) habla de esta sequía creativa, de esta esterilidad. Una esterilidad que no tiene cura, según propia confesión. El que habla es Simón Gálvez, escritor, en cuyo prontuario figura una sola entrega, *Memorias de un niño envejecido*. El hombre viaja, en micro, hacia Bahía Desolación, en busca de la casa y el recuerdo de Carlos Ojeda, otro escritor, ya fallecido, autor de *Amalia*, su única novela publicada. Va en busca de su casa, en el pasaje Última Esperanza, a sabiendas de la irremediable ausencia de Ojeda, pero en pos de algo, quizás de alguna señal, algún incentivo que emane de esas habitaciones abandonadas, que le sirva, a fin de cuentas, para romper el maleficio, o como se llame, que le aqueja desde hace años: ser un escritor frustrado. Después de su *Memorias de un niño envejecido*, han pasado diez años, sin novedad en el frente. Nada de nada. Sólo intentos de escribir algo. Amagues. Fintas de boxeador retirado. Un continuo estrellarse contra ese muro en que se ha convertido, para él, la página en blanco. Y por Dios que lo ha intentado. Pero todos sus intentos han ido a parar al vertedero. Por eso va tras el recuerdo de Carlos Ojeda y de su hábitat. Después de todo, Ojeda fue un bicho de su misma especie. También él pasó por ese túnel, e incluso murió allí; en el túnel de la frustración. Algo podrá decirle, entonces, el recuerdo de ese hombre, desde aquellas paredes, desde aquel mobiliario desvencijado. Eso cree. Eso espera.

En el trayecto, Simón Gálvez se cruza con algunos personajes: el chofer de la micro, que mantiene los ojos pegados en el parabrisas, una mujer que va al lado del chofer, y que habla como una ametralladora, un niño que babea, Ramón Cárdenas -otro escritor en el mismo intento-, Matilde, hija de Carlos Ojeda; luego, un travesti, en fin, personajes que con sus rostros, atuendos y conductas solo aumentan el peso de su desolación.

En este relato, Alberto Aguilar elabora un escenario minimalista, reducido a la búsqueda que el personaje central emprende, en espacios físicos descritos a grandes rasgos, de alguna recompensa, alguna señal o algo parecido que lo ponga en vereda de nuevo, y logre, después de tanto, tener un motivo para escribir, léase, vivir. Justificar la existencia. Es un relato de atmósfera, más que de personajes; de encierro, no de acción ni de intemperie.

En el ámbito de la literatura de Magallanes, Aguilar incorpora otra variante o línea temática: la existencia aferrada a una causa personal, y por lo tanto mínima, desligada casi por completo de un contexto histórico o social; la búsqueda de una razón, un *leitmotiv*, que debe encontrarse en una habitación, o en algunos detalles de una habitación, en una charla nimia, en un recuerdo, en los matices de una voz. Esto puede parecer singular, personalísimo; pero, de una u otra forma, creo que nos ocurre a todos.

Después de leer esta novela, o *nouvelle*, de 68 páginas –63 para ser exacto– aparecida en noviembre de 2014, pienso que no es un mero hecho de la causa agregar que Alberto Aguilar es autor, además, de *Diario de un descenso*, publicada en 2003. Es cuestión de sacar la cuenta.

En definitiva, es un autor que dispara contra sí mismo. Me gustó leerla.

Pavel Oyarzún Díaz
ESCRITOR